

¡Todos los caudillos llevan mi marca! *

El sentimiento de la tradición, el culto del pasado, es una fuerza insustituible en el espíritu de los pueblos; y la veneración de las grandes personalidades en que se encarnan sus porfías, sus anhelos, sus glorias, es la forma suprema de ese culto. — JOSÉ ENRIQUE ROBÓ.

AHORA estaba descendiendo la otra falda de la montaña. Si subir fue difícil, si hubo que vencer muchos obstáculos, llegar hasta el pie, sin tropiezos serios que destruyan todo el esfuerzo realizado, no era nada fácil, por cierto. Comenzaba a bajar la otra falda. Placiale tornar la cabeza para mirar lo andado. Es saludable y aleccionador. Un corazón equilibrado debe, de vez en cuando, detenerse a realizar este examen fríamente, con serenidad.

El estaba satisfecho de su propia vida. La gente llamaba a eso vanidad. Vanidad sería, si por artes engañosas, hubiera llegado a ser algo que no merecía. Pero él estaba ahí donde estaba, firme, bien plantado. Porque lo que era lo había conquistado en buena ley, luchando a brazo partido, como pocos, con la vida. Sí, conquistado. El vocablo no era de su agrado por lo que tenía de guerrero; pero era exacto. La única guerra que la gente conoce y estima es la de los campos de batalla, de los caballos encabritados, de los sables y las armas de fuego. La otra, la silenciosa que se libra día a día, y que deja, también, su tendal de cadáveres —hombres fracasados, espíritus sin fe—, ésa que requiere tanta valentía y ente-

reza como aquélla, es ignorada por la masa informe de los que vegetan con su conformismo a cuestas.

No todos saben lo que es esto. El sí, y que vengan a negárselo; que vengan a disputarle lo que le es propio. Nunca entregó nada sin lucha recia. No en vano, ahora mismo, al recordar, frunce iracundo el entrecejo, aprieta las mandíbulas y quiebra la pluma entre los dedos.

“Yo podría decirle a algunos de estos jóvenes: Venga, hijito, a mi lado; hablaré con usted. ¿Qué edad tiene? Vea la mía...”

Habían transcurrido cincuenta años; quizá un poco menos. Era un mozalbete altanero y engreído. Apenas le apuntaba el bozo y ya tenía ideas propias. Hay quienes se hacen hombres antes de serlo. Andaba al lado de su padre, por los campos de Mendoza, enfrentando a la soldadesca federal que acaudillaban los Aldao. Esas eran guerrillas de verdad, no como aquellas de muchacho pandillero que tan sólo dejaban rasguños y cardenales. Aquí la muerte llegaba sin com-

* Trabajo premiado en el certamen que, sobre el tema *Todos los caudillos llevan mi marca*, organizara, este año de 1961, la Comisión Nacional de Homenaje a Sarmiento, presidida por el profesor Dr. Alberto Palcos, conmemorando el sesquicentenario del nacimiento del prócer.

pasión en la punta de una lanza o en el disparo certero de una tercerola. Y rechazó, el último, la cordillera, después del terrible desastre del Pilar. Iba en la retaguardia, para cubrir las espaldas de sus compañeros, a buscar en tierras extrañas la tranquilidad que su patria ya no podría ofrecerle.

San Francisco del Monte había sido su ensayo general, bajo la dirección de su tío, un "digno sacerdote" que lucía inteligencia vivaz, voluntad de acero, corazón en llamas. Su iniciación, mucho tiempo atrás, al lado de ese espíritu luminoso, todo bondad, perseverancia y fe que fue su madre, doña Paula, la bien nombrada. Y el impulso definitivo lo recibió una noche de luna, en el ámbito rumoroso de la plaza de su ciudad nativa, mientras caía sobre la muchedumbre fanatizada la prédica incendiaria del fraile riojano, que tenía, ¡oh paradoja!, la dulce misión de apaciguar las almas.

Desfilaban vívidos los hechos ya lejanos. Desde la puerta del tenducho que atendía —comerciante en agraz—, vio pasar a las montoneras, rotas y sumisas, borrachas de alcohol y de odio, arrasando lo que a su paso se encontraba, vociferando insultos, lanzando amenazas, atemorizando a niños y mujeres. ¡No! él no podía formar en las filas ni de ese fanatismo religioso que marchaba bajo las negras banderas de "Religión o Muerte", ni en las del fanatismo político que se cobijaba en las rojas de una pseudo federación, instintiva, primaria, sangrienta. El era, no por fuerzas de las circunstancias, sino por meditación y razonamiento, unitario y liberal.

El único capital que llevaba al otro lado de los Andes, era su mucha fe en el porvenir de la patria, y un poco también en las propias fuerzas, para salir con bien de su aventura. Como en San Francisco del Monte tuvo alumnas y alumnos: se-

guía su ya iniciado camino de maestro. Esa fue su senda, su verdadera y única senda que recorrería siempre con orgullo. Quizá, como augurio, a los primeros pasos en tierra extraña, deshojó entre sus manos una rosa que le dejó su perfume para toda la vida...

Buscó quehacer en el comercio, sin resultado favorable; bajó a las profundidades de la tierra, para vigilar la extracción del mineral que le permitiera, no sólo su propio sustento, sino el poder ayudar a su familia que mucho lo necesitaba. Mientras tanto, con esfuerzo, con sacrificios, casi sin proponérselo, iba tallando su propia personalidad, su mundo interior, el tesoro espiritual que había de ser, en definitiva, la riqueza única que hasta sus últimos años lo mantendría enhiesto, siempre de pie, sin claudicaciones ni renunciaciones.

Después de un lustro de permanencia retornó a su provincia. Volvía en busca del cuidado y la atención de la madre y de las hermanas, para que el mal que comenzaba a invadir su cerebro, no lo arrojara para siempre, al abismo de las sombras densas de donde rara vez se retorna con lucidez. Se diría que, como en el mito de Anteo, necesitaba hacer pie en la tierra que le vio nacer; respirar el aire mañanero fragante a pastos lugareños y llenarse las pupilas con, la visión de los cielos nocturnos, iluminados de estrellas que él conocía muy bien.

Recobró su salud física, que la espiritual no había sufrido desmedro; pero comprendió que no podría vivir en el ambiente colonial de su provincia, donde un gobernante arbitrario, ignorante y arbitrario, como el de tantas otras provincias argentinas, imponía su voluntad sin control, y cegaba porque sí, por misoneísmo, las más nobles iniciativas.

Como al hidalgo manchego, le había llegado la hora de su segunda salida, don-

MIRADOR

de iba a tener cabal cumplimiento su tan memorable aventura. La primera, después de una derrota frente a la montonera, huyendo, a la búsqueda de un resguardo para conservación de la propia vida; ésta, movido por una consciente intención más alta, más noble y más vasta; luchar por la libertad de su patria, sin olvidar el bienestar, el progreso y la amistad de los pueblos de América. Ese era el esquioc de su programa de acción que oscuramente iba adquiriendo contornos en la intimidad de su ser. La patria como punto de mira: lo real y lo concreto; más arriba, en la región de los sueños realizables, América.

Era forzoso abandonar la ciudad de su nacimiento si quería llevar a cabo la misión que a sí mismo se había impuesto. ¿De qué manera? ¡Ah, como fuera! Con las armas, si las circunstancias así lo requerían; pero combatiendo siempre la ignorancia y el vicio; allegando materiales para la prosperidad de los pueblos; alfabetizando a las muchedumbres; trayendo brazos para el laboreo de los campos; facilitando que arriben a nuestros puertos y surquen nuestros ríos, los buques de todas las banderas; conmoviendo cielo y tierra hasta lograr la tranquilidad, la unión y la paz en la tierra argentina para el trabajo fecundo. De mil maneras puede lucharse por la libertad de un pueblo. Y tramontó de nuevo los picachos andinos como quien va predestinado a cumplir una misión sagrada, alumbrado su mundo espiritual por una llamarada interior que era antorcha y quemazón al mismo tiempo.

Andaba en los treinta años. La edad de las realizaciones fecundas. El hito que marca el comienzo de la madurez. Todo lo que venga ahora llevará el sello del autor, la marca propia. Lo anterior, tanteos indecisos, pasos inseguros; mezcla de lo propio con lo ajeno. Después de los

treinta, lo auténtico. Lo afirmativo, ser; o la hibridez, lo huero, no ser.

La desorientación muerde tenazmente su espíritu. La duda se agiganta como la sombra al atardecer. Se busca, con avidez, el rumbo cierto. Y lanzó su primer artículo ocultando su nombre. Esperó trémulo "de pavor, de esperanza y de miedo". El no había cursado aulas universitarias, no había recibido una educación ordenada, no podía presentar ningún título superior; y desde la oscuridad de su escondite, veía los rostros burlones de los que, con justicia, llevaban la nombradía de sabios y maestros. Esta vez no había seguido el camino de su inicial vocación, sino un senderuelo lateral como quien busca el norte propicio. Lo recuerda muy bien. Era un 11 de febrero del año en que cumplía los treinta. Al anochecer, ya tenía cumplidas noticias del éxito de su osadía. Se ampliaba su horizonte. Ahora comprendió que el caminito se abría en ancha carretera, y que allá adelante fulguraba la luz de un sol que comenzaba a levantarse: Publicista. Un idéntico afán. Maestro y publicista, por caminos diferentes, van en pos del mismo ideal.

Avanzó con paso firme, decidido, casi arrogante. A su lado —ingratitude sería no recordarlo— encontró algún brazo amigo, amparador y cordial, que le hizo más llevadera la marcha en el exilio. Encontró obstáculos, que le sirvieron para probar las propias fuerzas. Nunca renegó de ellos; por el contrario, los esperaba, los buscaba, y sentía el placer, al derrumbarlos, del que vence a un contrincante noble. Pero se encontró, también, en las charcas de aguas dormidas, con renacuajos inofensivos y con alimañas no exentas de aguijones y venenos. Bastaba, a veces, su simple presencia para acallar el coro; otras, necesitaba arrojar unos cuantos pedruscos que rompían

la quietud de las aguas, tal como hacía cuando muchacho en el Carrascal, de noche, con los inolvidables compañeros de colegio.

¡Oh, si su madre lo viera ahora! Siempre que alguna grande alegría o algún profundo dolor se presentaba en su vida, buscaba, con el pensamiento, reposo y ternura en la tibieza del seno materno, sin sentirse jamás defraudado. Todavía no era, como en la escuela primaria, el primer ciudadano de su patria; pero iba caminando, sin duda, para serlo. La huella de su paso quedaba en el camino. Ya se sabía, en ambas laderas de las montañas limítrofes, quién era él.

Fiscal severo y tremendo, lanzaba su acusación terrible contra la infamia que gobernaba su patria. Descargaba sus golpes sin misericordia, porque no podía despertarla quien imponía su voluntad de gaucho taimado y su sinrazón de despota ensoberbecido, a un pueblo que había dado muestras de amar la libertad y de coadyuvar para que sus beneficios pudieran ser disfrutados en todo el territorio americano.

Disponía de una pluma que, a veces, era un escalpelo o un ariete, o una tea incendiaria, cuando no un pincel humedecido en la suavidad de múltiples colores, que mostraba la belleza de un porvenir soñado con patriótico anhelo. Siempre, con cualquier motivo, estaba presente en sus artículos, el recuerdo palpitante y vivo de su patria que gemía bajo el dominio de un bárbaro.

Alguna vez, comentando las andanzas de extranjeros desterrados, escribe estas palabras en cuyo comienzo aletea la mariposa de la melancolía, para terminar con la flecha de una promesa que nunca dejó de cumplir: "...yo te saludo desde el hogar extraño que me presta asilo. Nosotros, sí, solamente nosotros sabemos sentir tus angustias, porque la

desgracia aguza la facultad de sentir las desgracias ajenas... como tus hijos que mendigan hospitalidad en las puertas de las naciones europeas, así vagamos nosotros, sin patria, sin asilo, sin posar tranquilos nuestra vagabunda planta, por la vasta extensión de América que circunda nuestra patria desdichada; los ojos fijos en ella, por sorprenderla un momento de vida, para ayudarla a levantarse, si un momento logra desasir uno solo de sus debilitados brazos de las garras ensangrentadas del monstruo que la ahoga y la despedaza".

El tirano de ojos claros y de intención oscura comprendió que el sanjuanino estaba derruyendo, poco a poco, los sillares en que se asentaba su poder y mandó emisarios para contrarrestar la acción demoledora. En otras oportunidades, en polémicas famosas, relampagueaban sus frases frente al literato erudito o contra sus discípulos, y a manotazos desbarataba la sutil arquitectura que edificaba la dialéctica prolija de sus contrincantes. Y era de ver cómo, el maestro y el periodista, se alternaban en la cátedra para decir a los jóvenes esta lección de todos los tiempos: "No es eso, es la perversidad de los estudios que se hacen, el influjo de los gramáticos, el respeto a los admirables modelos, el temor de infringir las reglas, lo que tiene agarrotada la imaginación de los chilenos, lo que hace desperdiciar bellas disposiciones y alientos generosos". Y agregaba, entre muchas otras cosas dignas de ser meditadas: "Pero... en lugar de ocuparnos de la forma, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases... echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, costumbres, las instituciones... y enseguida escribid con amor, con corazón, que eso será bueno en el fondo aunque la forma sea incorrecta; será apasionado aunque

MIRADOR

a veces sea inexacto; agrada al lector, aunque rabie Garcilaso; . . . pero bueno o malo, será vuestro, nadie os lo disputará. Entonces habrá prosa, habrá poesía, habrá defectos, habrá belleza”.

En medio de la lucha sin descanso, el provinciano idealista y altivo, entregó diariamente al folletín su teoría sobre la campaña y la ciudad, su obra maestra. Las generaciones venideras repetirán por muchos años todavía: “Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte. . .” Digan los estudiosos su complicada hermenéutica; nosotros nos atenemos y conformamos con lo susurrado por “el sesudo pero artístico italiano”, el periodista venal de la dictadura: “Esto se mueve, es la pampa; el pasto hace ondas agitado por el airc, se siente el olor de las yerbas amargas”.

Al volver de su viaje a Europa dio a la estampa el itinerario, pleno de sugerencias, de su espíritu por las viejas ciudades, y entregó al gobernante amigo, las observaciones recogidas sobre educación popular, el gran problema de América. Pero por sobre todo eso, defendiéndose de ataques malevolentes, dio a luz ese hermoso poema recordatorio de su terruño, embellecido por la neblina azul del tiempo y del espacio, donde desfilan madre, hermanas, amigos. . . que aprendimos a querer en los días lejanos de la infancia.

La lucha no había terminado. El eterno expatriado, el director de la primera escuela normal de Sud América, el periodista, el maestro, seguía mostrando al mundo la incapacidad del gobernante argentino, sus métodos sangrientos y la sumisión de un pueblo atemorizado por sus bandas armadas. A pesar de todos los fracasos, su fe, su enorme incontestable fe, no decayó nunca, y como un profeta o como un vidente, clamaba: La

hora se aproxima; me lo anuncia el corazón: la liberación está cercana!

Allá por el oriente, lo que en su inicio era sólo murmullo, tal vez recóndito deseo, temeroso de expresarse, fue voz mesurada pero firme y enérgica. Había que descolgar de la panoplia el arma que empezaba a enmohecer. Todo el país, de punta a punta, es una sola esperanza hecha ansiedad y silencio. Algunos, por temor, por blandura de corazón, no más, esperan impasibles que el tiempo dicte su veredicto. Por fin el triunfo corona el largo y doloroso esfuerzo: se derrumba estrepitosamente todo el armazón de la sangrienta dictadura y el tirano va a mendigar amparo a la sombra de una bandera extraña.

Hay que reconstruir la patria desde los cimientos. Antes de comenzar, antes de entregarse a la tarea para la cual se había preparado, hora tras hora, en su largo peregrinar sobre la tierra, hay un compás de espera, de asombro y vacilación, en que los actores se miran a la cara los unos a los otros, como reconociéndose, como interrogándose y como queriendo ponerse de acuerdo sobre el hacer inminente.

Pasó el lapso de incompreensión y comenzó la tarea sin titubeos ni pausas. Sin descanso. La espalda encorvada sobre el libro o las cuartillas; la mirada zahorí; el razonamiento lógico; la palabra precisa; las órdenes breves. Y el afán de trabajo siempre renovado.

Ya estamos llegando a la meta soñada en el ostracismo. Los nudos van siendo desatados uno a uno; los problemas resueltos. Los hombres preclaros señalan la ruta y el pueblo avanza. Entre los primeros, Sarmiento, aquel mozuelo exilado cuando se insinuaba el bozo sobre su rostro moreno. Sus libros, ensayos y artículos periodísticos, muestran la solidez de su pensamiento y llevan su nom-

bre por los pueblos de habla hispana. Su voz se oyó en asambleas populares y parlamentarias. La Dirección de Escuelas, el Consejo Deliberante, los ministerios, y hasta el más alto sitio de la República supieron de su acción recia y tenaz.

Luchó contra los aristócratas del pensamiento y los venció con gallardía; contra los caudillejos y caudillos de montoneras que no lo superaron ni en valentía, ni en el arte de urdir estratagemas; contra la ignorancia, el atraso y el estancamiento a quienes derrotó en su propia guarida; contra los que envenenaban la mente y el corazón del pueblo; contra los simuladores y fraudulentos; contra los pusilánimes... que eso era luchar por el progreso y libertad de su pueblo.

Ahora sexagenario, cuando iba des-

cendiendo la otra cuesta de la montaña, no era vanidad poder decir al pueblo de la República y en especial a los jóvenes —que no sabían mucho de sus desvelos— desde el augusto recinto del Senado, que él era sencillamente DON YO, así, con mayúscula; que había vencido a caudillos de carne, sangre y hueso, y otros, incorpóreos e intangibles, pero tan caudillos como aquéllos, contra quienes había que emplear todas las armas, y domeñarlos y vencerlos.

Ahí estaba toda su vida, como cartas de barajas tendidas sobre la mesa, para que las examinaran una a una, cuidadosamente, a ver si había conquistado o no el derecho de proclamar bien alto, de pie sobre un basamento de mármol o de bronce, para que toda América pudiera oírlo: *¡Todos los caudillos llevan mi marca!*